

ADOLPHE GESCHÉ

**LA PARADOJA
DE LA FE**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2013

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Luis Rubio Morán sobre los originales franceses
Le lieu de la foi (1981), *Foi et vérité* (2009), *Le croyant dans la cité* (1994), *Du défi d'aujourd'hui à la Foi de demain* (1984)

© Herederos de Adolphe Gesché, 2013

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2013

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1832-8

Depósito legal: S. 120-2013

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

| | |
|---|-----|
| <i>Presentación</i> , de Paulo Rodrigues | 9 |
| 1. EL LUGAR DE LA FE | 13 |
| 1. Intransigencia y acomodación | 16 |
| 2. Dos lugares de la fe | 22 |
| 2. FE Y VERDAD | 39 |
| 1. Una fe que hace verdadero | 47 |
| 2. Una fe de anticipación de la verdad | 51 |
| 3. Una fe que salva del olvido | 61 |
| 4. Fe y racionalidad | 69 |
| 3. EL CREYENTE HOY EN UNA SOCIEDAD LAICA | 95 |
| 1. Ante una situación nueva | 95 |
| 2. Los nuevos intentos | 101 |
| 3. Aclarar algunas denominaciones nuevas | 107 |
| <i>A modo de conclusión</i> . LOS DESAFÍOS ACTUALES Y LA FE DEL FUTURO | 113 |
| 1. Entender teológicamente lo que sucede | 116 |
| 2. Entender teológicamente nuestros errores | 123 |
| 3. Entender teológicamente nuestras riquezas ... | 143 |
| <i>Índice de nombres</i> | 153 |
| <i>Índice general</i> | 157 |

PRESENTACIÓN

Paulo Rodrigues

Con la clausura del concilio Vaticano II el año 1965, uno de los acontecimientos más relevantes de la vida eclesial del siglo XX, se iniciaba el periodo de su recepción, la cual estaría marcada por una fecunda reflexión teológica.

La constitución pastoral *Gaudium et spes* propone un diálogo del cristianismo con las corrientes del pensamiento contemporáneo, señalando el enfrentamiento de dos visiones del mundo: la del humanismo cristiano, apoyada en la Revelación, y la derivada del humanismo ateo, heredero de la tradición racionalista.

El teólogo de Lovaina Adolphe Gesché, captando la importancia del momento y el desafío que representaba escuchar los «ecos» de la otra ladera y superar el desprecio de la dimensión «secular» («la foi écoute le monde»), supo percibir la relevancia de volver a proponer la fe al mundo de hoy («le monde ré-écoute la foi»), un mundo paradójico marcado por el debilitamiento progresivo de los grandes sistemas ideológicos y por la interrupción de las grandes narrativas, pero donde emergen progresivamente nuevas formas de superstición y de religiosidad, o nuevas derivas integristas y fundamentalistas de la religión. Gesché realiza así un doble itinerario: por

una parte, recoge las cuestiones y aportaciones del pensamiento «secular»; por otra, propone de nuevo la inteligibilidad que la Trascendencia puede aportar a una reflexión sobre el mundo y el hombre.

En un contexto en el que la religión es reconducida a los límites de la razón natural y se ve relegada a la esfera de lo privado, Gesché comprende la pertinencia de afirmar públicamente los derechos de la fe y de proponer un «exceso» para pensar al hombre allí donde se ha declarado la «muerte de Dios» (Marx, Nietzsche, Freud) y comienza a escucharse el anuncio de la «muerte del hombre» (Foucault, Malraux).

La fe, haciendo oír su voz en la «ciudad de los hombres», su lugar propio, propone a «Dios» para pensar al hombre. De esta forma, no sólo introduce una «turbulencia semántica» para hablar de ese ser inexacto que es el hombre, sino que le propone un «exceso» a partir del cual pueda descifrarse a sí mismo en un horizonte más amplio que los límites de la pura inmanencia. El discurso de la fe instituye así el derecho al «misterio», a lo «simbólico», a la pluralidad de significaciones, a lo no-cerrado, a la duda, a la perplejidad frente a la tentación siempre presente de la objetivación total de lo que se manifiesta o de la constitución de una subjetividad desligada de toda referencia. En este sentido, hay que intentar entender y esforzarse por aceptar que la lógica de la fe no es de este mundo, ya que propone al hombre un *logos* muy distinto, el de un amor que se dice finalmente en una cruz. Esta paradoja, excediendo todo pensamiento, sin embargo corresponde plenamente

a la medida del deseo del ser humano. Revelando la «lógica de la existencia», lo que la fe propone concierne radical y últimamente al hombre, mendigo de una palabra que restablezca el horizonte de las finalidades «excesivas».

Así pues, resulta imprescindible recuperar la inteligibilidad de la palabra de la fe, reencontrar las palabras adecuadas para proponer de nuevo hoy lo que la fe invita a empezar a instaurar, aquí y ahora, en la existencia humana: el Reino de Dios. Pues la fe, en cuanto respuesta a una Palabra, adhesión confiada al Dios que se revela, es esencialmente una forma de vida, un modo de existir. Según esto, lo que la fe propone como verdadero no es separable de su realización en la existencia.

Los textos reunidos en este volumen representan una parte importante del material que, a buen seguro, Adolphe Gesché hubiera utilizado para reflexionar sobre la fe de cara a preparar un estudio más amplio y sistemático que formara parte de su serie *Dios para pensar*. Como dicha empresa no fue posible, nos cabe la satisfacción de ofrecer a los lectores de lengua castellana estas pinceladas luminosas y sugerentes que guardan, sin embargo, una profunda cohesión interna y constituyen una estimulante provocación: pensar *la paradoja de la fe*.

EL LUGAR DE LA FE

El Evangelio es, como indica la misma palabra y todos sabemos, una «buena noticia». Y lo propio de una noticia, de un anuncio, es que resuene, que se escuche. Una noticia es algo «para ser oído». Necesita, por tanto, un lugar o lugares donde pueda re-sonar. Por eso aquí vamos a hablar no tanto del contenido de la fe, sino del *lugar* y de las *condiciones* en las que, junto a otras instancias del ser humano, esa buena noticia tiene el derecho y la suerte, el deber y la autorización para hacerse reconocer, para hacerse escuchar, sin complejos.

«La fe escucha al mundo», se ha dicho de forma muy acertada. Pero ¿no es hora ya de que también «el mundo pueda escuchar a la fe», de que el mundo pueda esperar algo de parte de la fe? A este respecto hoy se está pasando una página, y es importante tomar conciencia de ello. Hace algunos años, en los países anglosajones se habló mucho a propósito de la fe en términos de alternativa: *Identity* (identidad) o *Involvement*

(implicación). O bien la fe afirma su identidad, subraya su «diferencia», anuncia su alteridad y no puede entonces aceptar ninguna acomodación con el mundo, debe salvaguardar su especificidad y anunciarse en cuanto tal, en su «desnudez». O bien (*involvement*), para ser escuchada, la fe debe despojarse de todo esoterismo, recorrer los caminos y avenidas de este mundo, de este siglo, descubrir las coincidencias que le permitan hacerse escuchar y entender por los otros, como una voz humana semejante a las otras, y encontrar en las aspiraciones del hombre de hoy un aliado que le permita ser acogida.

Se comprende inmediatamente la exactitud y a la vez la debilidad de esta alternativa (como siempre que se presenta algo como una alternativa), por cuanto las dos dimensiones deben ser afirmadas, pero sin considerarlas como mutuamente excluyentes.

Según la primera afirmación podemos decir que si la fe es una dimensión del hombre —como así creo profundamente—, la fe cristiana, *por el hecho mismo* de su especificidad, es digna de ser oída. Tiene que hablar su propio lenguaje, nada ganaría con disolverse. Debe «mantener su palabra» al pie de la letra, es decir, pronunciarse, anunciarse tal como es, sea cual sea la suerte que pueda correr. Aunque fuera la de ser rechazada. Pero también, y esto es un límite negativo, corre el peligro de no ser entendida.

Respecto de la segunda posición (el anhelo de encontrar un acuerdo), hemos de decir que la fe, por ser una voz de hombre, una voz para el hombre, debe expresarse en la cultura de su tiempo: debe aceptar, bajo pena de muerte, las leyes de la aculturación que le resultan indispensables para poder ser recibida; tiene que mostrar su «relevancia», probar que es pertinente. Aunque también en este punto existe un límite negativo: si la fe emprende los caminos de esta pertenencia secular, ¿no terminará ahogándose, no caerá en un proceso suicida de disolución? ¿Dirá algo distinto de aquello que ya dicen otros, sin guardar otra seña de identidad que el mero hecho de escribir con mayúscula aquello que los demás escriben con minúscula?

Este envite se puede expresar de la siguiente manera: o bien la fe se anuncia en un lenguaje hasta tal punto identitario y singular que se vuelve prácticamente inaudible; o bien se anuncia en un lenguaje tan asimilado y concordativo que no es acogida porque ya se ha escuchado en otra parte y, por lo tanto, se ha vuelto absolutamente indiferente.

Esta oscilación, que unas veces toma el camino de la integridad (el integrismo) y otras el del concordismo (la secularización), no es en absoluto nuevo. De hecho, este movimiento oscilante acompaña toda la historia del cristianismo. Es lo primero que vamos a ver.